HORAS PLACE

1

233743



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 CTS.

1

233743

47/1505202

El señor López

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Trin... trin... trinnnnn!...—¿Quién?

—¿Central?—¿Que desea?—Comunicación con el teléfono número 200.

—¿Restaurant de *Los dos Gansos*?—Precisamente.—Enseguida va.

—Oiga, Central... Señorita... —¿Qué hay?—¿Es usted muy guapa?

—Bastante mas que usted.

—Lo creo. Yo tenía un espejo, me estuve ocho días sin afeitarme y la primera vez que traté de mirarme en él...

—Se rompió la luna.

—Eso...

—Y uno de los pedazos le rompió a us-

R. 3223424

ted la buena sombra.

—¿Tan soso soy?

Más que el callar.

—¡Válgame Dios, mujer! ¿Sabe usted una cosa?

—Sé varias.

—Esta que voy a decir seguramente la sabe usted.

—¿Cual?

—Que tiene usted muy dulce la voz.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De que se rie usted?

—De un disparate que se me ha ocurrido.

—Dígalo.

—No me atrevo.

—Anímese.

—Me da vergüenza.

—¿Es algo que huela mal... que de asco?

—¡Al contrario!

—¡Venga, pues! De lo agradable nadie debe avergonzarse.

—Allá va. ¿Decía usted que tengo dulce la voz?

—Sí.

—Pues mas dulces tengo los labios....

—¡Es usted adorable!

—No lo sabe usted bien.

—¿Como se llamá usted?

—Margarita.

—¿Cuando puedo verla a usted?

—Cuando usted quiera.

—Ahora se lo diré a usted. Antes póngame usted en comunicación con el Restaurant de *Los dos gansos*.

—Al momento.

. . . . . .

—¡Trin, trin, trin... trinnnnn!...

—¿Restaurant de Los dos gansos?

—¿Aquí es. ¿Con quién hablo?

—Con Pepe López.

—Qué desea?

—Saber si están ahí dos amigos mios llamados don Leonardo y don Pedro.

—Espere un momento; voy a preguntar.

—Espero.

. . . . . .

—¡Oiga!

—¿Qué?

—Don Leonardo y D. Pedro están cenando, con dos señoras, en un gabinete reservado.

—Dígales que uno de ellos se acerque al aparato, que les llama López.

—Enseguida.

. . . . . .

—¿Eres tú, Pepe?

—Sí, oye.... ¿Cómo es eso que no tenéis más que dos mujeres?

—Porque a la otra, a la que reservába-

mos para tí, le ha ocurrido una desgracia.

—¿La han pegado unas viruelas?

—Peor que eso.

—¿Ostras?

—Se ha enamorado de su marido, porque ayer la dió una paliza.

—Bueno, pues no te apures, porque ya tengo mujer.

—¿Y vendrás a reunirte con nosotros?

—Dentro de una hora.

—¿Quién es ella?

—Una telefonista.

—¿Guapa?

—Y cachonda, según parece. Pero, ¡chito! hasta luego....

. . . . . .

—Margarita....

—Lo he oido todo.

—¿Cuento, pues, con usted?

—Sí,

—Entonces, a las nueve en punto en *Los dos gansos.*

—Muy bien. Oiga usted....

—¿Qué?

—Aunque me lleve usted un billete de veinte duros, no reñiremos.

—Será usted complacida.

—Gracias.

—Adiós, conquistadora.

—Adiós, irresistible,

II

Pepe López era un hombre que a la sazón frisaba en los cuarenta años. Era grueso, buen mozo, saludable, y como vivía de sus rentas y las mujeres no solían ponerle mala cara, bien puede asegurarse que los años pasaban y pasaban, sin traerle el menor disgusto.

Por tanto, nada de extraño tiene que, antes de la hora fijada para la cita, ya estuviese el alegre López paseando la acera del Restaurant de *Los dos gansos,* que fué, en la época a que me refiero, uno de los criadores de cuernos más populares y acreditados de Madrid.

A las nueve y cuatro minutos una joven rubia y esbelta y elegantemente vestida, se detuvo delante del galán.

—¿El señor López?

—¿Es usted Margarita?

—La misma.

El la miró de arriba a abajo, con esa curiosidad penetrante del que no quiere equivocarse acerca del mérito de lo que va a comprar, y sus ojos experimentados justipreciaron enseguida la redondez y plenitud de los pechos, la solidez de los mus-

los y la pompa provocativa de los alrededores. Ella comprendió la intención del examen de que era objeto.

—¿Le gusto a usted?—preguntó.

—Muchísimo.

—¿Entonces puedo cenar con usted?

—Tú, chiquilla—replicó Pepe López familiarmente—te vienes a cenar conmigo... y a todas partes.... ¡aunque sea al Cabo Norte!... Que no es tu cara de esas que vemos por las calles todos los días...

La aparición de Margarita y de López en el comedor donde los amigos de éste se hallaban comiendo, produjo una estrepitosa explosión de regocijo. Todos, ellas y ellos, vociferaban como energúmenos.

—¡Viva López!

—¡Viva la niña que viene con él!

—¡Señores! ¡Ha llegado el instante magnífico, el instante clásico, genuinamente griego, de echar el mal humor fuera de casa.

Después vinieron las presentaciones; presentaciones extravagantes, disparatadas, llenas de cinismo. Leonardo fué quien ofició de *cicerone*.

—La señorita Blanca, una de nuestras coquetonas más eminentes.

—Servidora de ustedes.

—La señorita Natalia, que lleva en sus

negros y ricos ojos... una mina de oro.

La aludida repuso graciosamente:

—Siempre guiñándolos, a la disposición de ustedes.

Pedro destapó tres o cuatro botellas de champagne y el estampido jubiloso de los taponazos, aumentó el buen humor de los comensales.

—¡Hay que brindar!—gritó Leonardo.

—¡Sí, sí... hay que brindar!

—Yo brindo por la salud del primer hombre que sea capaz de levantarme en vilo cuatro veces seguidas, sin tomar descanso ni pararse.

Y llevándose a los labios su copa, desbordante de champagne espumoso, la vació de un trago.

Natalia tuvo un rasgo genial, un rasgo de artista.

—Brindo — esclamó — por el que me mantiene; brindo por ti...

Y entreabriéndose el descote se echó sobre el corazón el contenido de su copa.

—¡Bravo, pistonudísimo!

—Hay que brindar en verso—dijo Margarita;—¿quién sabe improvisar?

—Yo mismo—repuso Pedro.

Y añadió, levantando su brazo derecho, con aire vacilante:

«Yo quisiera morir besando labios,

aunque ocasionase varios agravios.»

—¡Bravo!

—Ha sonado el momento del desmiguen, señores.

—¡Atención!—exclamó—que voy a cantar las alegrías de esta bacanal con versos inmortales.

—¡Venga, venga de ahí!... ¡Silencio!

Leonardo empezó:

Reían las mujeres,
los hombres las miraban
sus pechos palpitaban
de gozo y de placer;
rugían las pasiones,
las copas se empinaban,
las bocas se ensanchaban,
ansiosas de beber...»

—¡Más llaneza, más llaneza!

—¡Sí, esa es demasiada poesía!—dijeron.—Aquí no estamos para tantos consonantes. ¡Que improvise Lopez!

—Sí, sí; que improvise López.

—¡López a improvisar!

Pedro López, queriendo quedar bien, levantó su copa en alto, y con voz llena y clara, exclamó.

«No hay nada como el beber;
y después de haber bebido,
quedarse un rato dormido
al lado de la mujer.»

Sus últimas palabras se perdieron ahogadas por una tempestad crepitante de aplausos.

—¡Eso es improvisar!

—Y lo demás, naranjas...

Las tres mujeres, que se habian quitado los kimonos y echádose las preocupaciones por encima de los hombros, voltigeaban alrededor de la mesa, balanceando sus deliciosos cuerpos. La orgía iba a llegar a su período más álgido. Pepe López pidió una guitarra, y sentándose en el respaldo de una silla, cantó:

«Con los pelos de tu moño
tengo de hacer un capote,
para abrigarme en invierno
la punta de mi cogote.»

Todos palmoteaban, todos reían borrachos ya, y sin saber lo que celebraban, López, continuó.

Cada vez que te veo
se me endereza
la punta del pañuelo
de la cabeza,»

Las mujeres, cansadas ya de tantos versos y ebrias por el ajetreo y el champán, se habían echado de bruces sobre la mesa, en fila, con las puntas de los pies apoyadas en el suelo y los quebrados, espléndidos y ampulosos globos dorsales, retadores y

tentadores por demás. Eran tres esferas magníficas, turgentes y palpitantes que invitaban a ser azotadas.

—¡Bebamos!—exclamó Pepe López.

—Sí, sí, bebamos—repitieron Pedro y Leonardo.

Casi al mismo tiempo descorcháronse tres botellas, saltaron al aire sus furiosos tapones y fueron vaciando el rico y espumoso champán sobre el cuello y garganta de las bellas, recogiéndolo en sus copas por debajo de la encrucijada de los dulcísimos, blancos y duros senos.

Aquello fué el disloque. Se armó una de chillidos, risas, suspiros, besos ardientes y derramamiento del espumoso y fresco champán, inexplicable de difícil descripción.

La juerga había llegado al punto máximo de lo delicioso y encantador. Se daban besos a granel y se oían suspiros, balbuceos y entrecortadas frases de ardiente amor.

—Cachondona de mi alma... dame champán con tus ricos labios. —¡Vidita!

—Cariño mío... quiero beber más...

—!Qué bien juerguean estos tíos! ¡Qué chulones son!

La mesa se extremecía. Varias botellas cayeron al suelo haciéndose añicos.

III

Llamaron a la puerta del comedor.

—¿Quién?

—¿Se puede pasar?

—¿Quién es?

—El camarero.

—Adelante.

Apareció el camarero con su semblante afeitado y servil; uno de esos rostros impasibles cuyos ojos, vean lo que vean, jamás descubren emoción ni sorpresa. El criado dijo:

—¿Alguno de ustedes es el señor López?

—Yo soy.

—¿Puede usted salir un momento?

Pepe López miró a su interlocutor con expresión iracunda, como disponiéndose a insultarle por haber ido a molestarle en lo mejor de la fiesta. Pero el camarero le hizo un guiño truhanesco que significaba: «Venga usted, que el asunto lo merece». Y Pepe López, que se desconyuntaba por las novedades, se dejó convencer.

Una vez fuera de la habitación, el camarero añadió:

—No he querido decírselo delante de sus

amigos, por si alguna de esas señoritas se enfadaba.

—Hiciste bien.

—Yo, sobre todo, procuraba no darle al señor un disgusto.

—Gracias, Toma este duro de propina. ¿De qué se trata?

—Abajo, en un coche, hay una señora que pregunta por usted?

—¿Por mí?

—Sí, señor.

—¡Es raro! ¿Qué señas tiene?

—Es morena, gruesa... los ojos grandes, muy brillantes...

—¿Guapa?

—De primer orden.

—¿Andaluza, tal vez?—agregó López que registraba precipitadamente el cajón de sus recuerdos.

—No, señor.

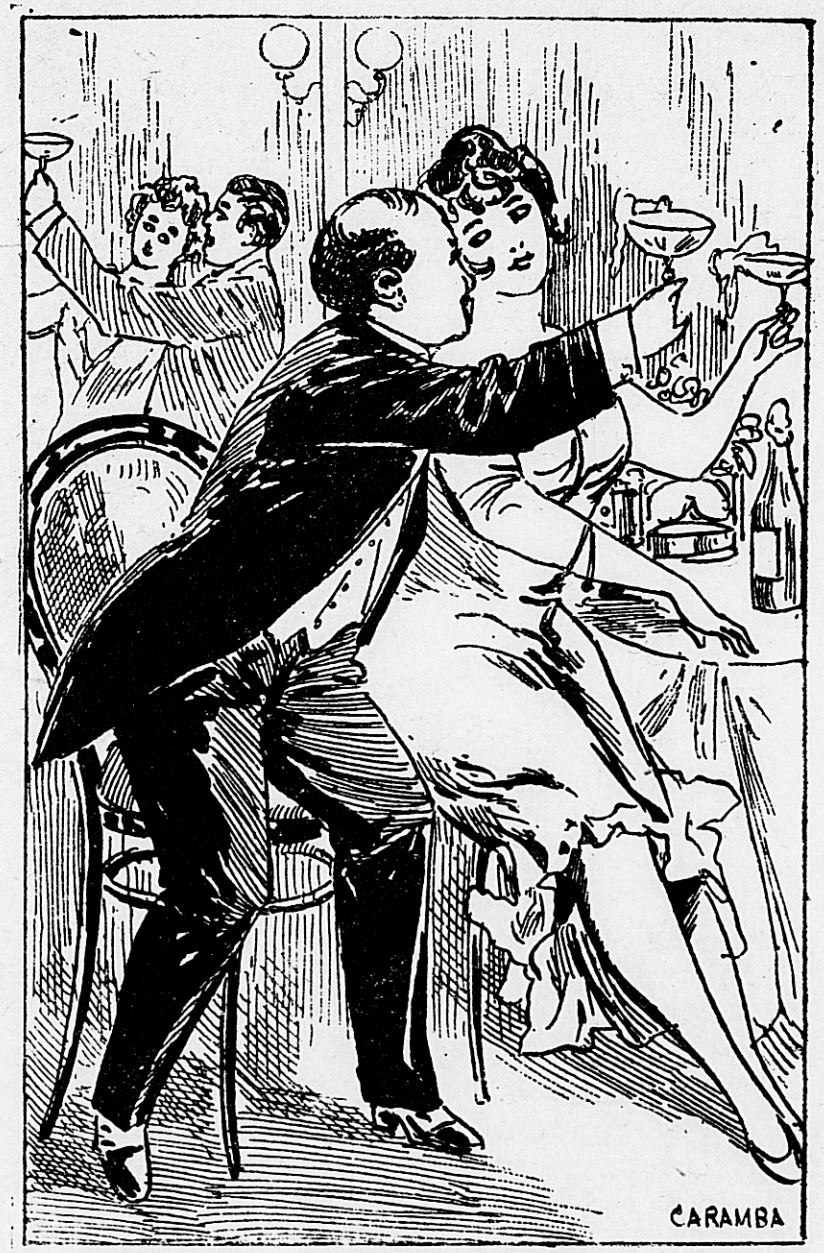
—Pues... ¡demonio!... no caigo en quien pueda ser. De todos modos, ahora saldremos de dudas.

Entró en el comedor, cogió su gabán y su sombrero y salió despidiéndose de la reunión con un:

«Hasta ahora mismo...»

Que no llamó la atención de nadie.

Al llegar a la calle, Pepe López vió, efectivamente, un coche de lujo estacionado



delante del restaurant de «Los dos gansos». El dichoso galán se acercó a la portezuela y vió que una mujer como de treinta años, hermosísima, a juzgar por lo que el denso velo que la cubría el rostro dejaba traslucir, le hacía con una mano señas para que se acercase.

—¿El señor López?—preguntó la gallarda desconocida.

—Servidor de usted.

—Caballero... lo que tengo que decirle a usted... es extraordinario, novelesco, inaudito...

Su voz temblaba y necesitó hacer una pausa para tomar alientos.

—Señora—repuso López—yo no me asusto de nada.

Su interlocutora dijo:

—¿Lo que pronto sabrá usted de mí, no causa miedo, sino espanto... ¡terror cerval!

—¡Cáscaras!

—Lo que usted oye.

—Señora—replicó López que era un guasón muy grande—yo la ruego que no se ponga trágica.

—¿Le gusto a usted?

—Muchísimo.

—¿De modo que, por mí usted sería capaz?...

—De todo.

—¿Hasta de adorarme con frenesí?

López abrió los ojos de par en par.

—¿Habla usted en serio?

—Completamente.

—¿Y usted, al venir aquí, claro es que me conocía?

—De nombre, nada mas.

—¿Y al verme, qué pensó usted de mí?

—Nada nuevo, nada concreto. Es usted guapo, lo reconozco; pero si hubiese usted sido feo, horroroso, deforme, hubiera sido igual. Lo que en estos momentos estoy haciendo, no es una alegría para mí; no es un capricho; es una venganza.

—¿Una venganza?—repitió Pepe López que caminaba de sorpresa en sorpresa.

—Sí.

—¿Cómo?...

—A su debido tiempo lo sabrá usted.

Y agregó, conteniendo al afortunado seductor que, desdeñando prácticamente los misterios que rodeaban aquella extraña aventura, se disponía a abrir la portezuela del landó.

—Estaba usted cenando con mujeres?

—Sí.

—¿Y con amigos?

—También.

—¿Cuantos amigos había?

—Dos.

—Dos... y con usted, tres.,. ¿tres hombres?

—Si, señora.

—¡Ah! ¡Que providencial casualidad!

—¿Por qué?

—¿Desea usted saberlo?

—Ardientemente.

—Pues... porque así mi venganza será mayor.

—¿Cómo? ?Es posible? ¿Piensa usted enamorarse de todos nosotros?

—Sí.

—Pero usted es bondadosa como la madre tierra que se da a todo el mundo?

Por toda contestación, la desconocida exclamó mirando a Pepe López tristemente:

—¡Pobre López!

—¿Pobre, yo?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Pobre... porque, tanto por su varonil hermosura, como por su simpatía, no merece usted lo que le sucede.

—Esto creo...

—Pero usted, ¡desdichado ciego! lo dice porque supone no merecer la posesión de una mujer como yo, ¿verdad?... Mientras yo lo digo porque usted no es acreedor a sufrir las desgracias de familia que le

aquejan...

Oyendo estas palabras, López se encogió de hombres, pensando que, indudablemente, aquella señora, que prometía tener un desván capaz de hacer pecar a un santo, estaba «completamente loca.»

La desconocida agregó:

—¿Cree usted que sus amigos gustarán de mí?

—¡Pues no faltaba más!

—¿Lo dice usted por galantería?

—Lo digo porque la hermosura de usted es evidente, indiscutible, como la luz del sol.

—En ese caso, vaya usted a buscarles.

—¿Y luego?

—Después se vendrán ustedes conmigo.

—¿Los tres?

—Todos.

Sin perder segundo, Pepe López penetró en *Los dos gansos,* llegó al comedor donde sus amigos continuaban trasegando y besando, les llamó aparte y en dos palabras les puso al tanto de lo que sucedía.

Lo descomunal del lance encantó a Leonardo y a Pedro, quienes empezaron a batir palmas.

—¿Y, qué hacemos con esas?

—¿Con blanca, Margarita y Natalia?

—Sí.

—¿Tenéis mas que mandarlas a tomar

viento en popa y veniros conmigo?

--¡Es verdad!

Un momento después, los tres camaradas volaban en el landó de la Desconocida, hacia las regiones de lo extravagante.

IV

Llegaron los cuatro a una casa lujosamente amueblada, cuya puerta abrió la joven con un llavin que a prevención llevaba.

--¿Quién vive aquí?--preguntó López.

--Una íntima amiga mía, que me ha cedido su hogar para que pueda vengarme de los que me ofendieron.

—¿Cómo se llama usted?

—Artemisa.

—¡Bonito nombre!

—Y, diga usted, Artemisa: ¿nos concedería usted muchas noches como está?

—Esta, nada más.

—De modo, que mañana...

—Como si no nos hubiéramos conocido.

López se volvió hacia sus amigos riendo a carcajadas.

—¡Ya lo sabéis, compañeros—exclamó—hay que amarrarse bien los calzones y beber cuanto se pueda, porque luego nos

despedirán y estaremos en la calle.

Con la encantadora gracia de una sacerdotisa de Venus o de Baco, la gallarda Artemisa se había puesto un poco a la fresca.

Los tres hombres siguieron su ejemplo, y cuando los cuatro se hallaron en completa alegría, la dicha inundó con oleadas de locura, todas las cabezas.

— ¿Hay champagne? — preguntó Pepe López?

—Sí, vida—repuso la joven que repentinamente había adquirido los ademanes de una despreocupada — aquí hay de todo cuanto pueda contribuir a vuestro placer.

—Queremos emborracharnos—dijo Pedro.

—¡Y besar... y hasta tomar café!--agregó Leonardo— pues los hombres, una vez metidos en faena, deben aceptar la orgía con todas sus consecuencias.

Artemisa trajo varias botellas de champagne y de Jerez, que fueron descorchadas enseguida. El exquisito zumo de las cepas francesas y andaluzas empezó a llenar los estómagos.

—*¡Excelsior,* voto va!--gritaba López;--¡levantemos los corazones a la alegría!

—Levantemos las rebosantes copas y será más práctico.

--Brindemos.

--¡Sí, brindemos!
--Por la risa.
--Por la juventud.
--Por el corazón generoso de las mujeres que nos dan el deleite!
--Pero brindemos antes -- interrumpió Pepe López--por la divina Artemisa, que nos brinda sin interés, el tesoro de su acogida incomparable. Artemisa pertenece al exiguo número de las mujeres que regalan. ¡Viva nuestra amada de esta noche!
--¡Todas las hembras son adorables!—replicó Leonardo--porque todas dan algo, sea por interés o por cálculo.

Y añadió, mientras levantaba su calva cabeza, envejecida antes de tiempo por la orgía, su copa de champagne:

--Brindo por el amor, por las bellas mujeres, de las que somos eternos y apasionados admiradores; por las gracias sin fin de nuestra deliciosa Artemisa.
--¡Muy bien! ¡bravísimo!
--Creo, caballeros -- replicó Leonardo envanecido por aquellos pequeños triunfos --que no debe ponerse más ingenio en cosas que no han de firmarse.
--¡Naturalmente!...

Pepe López había cogido a Artemisa entre sus brazos, y después de darla muchísimos besos, la llevó en vilo por la

habitación.
—¿Puedo saber ya—dijo--el por qué nos has traído a mis amigos y a mí a esta casa?
--Todavía no.
--¿Cuándo?
--Más tarde; después que la noche haya pasado. Por ahora no te preoucupes de eso; aquí es vuestra casa; podéis reir, cantar, beber, y gozar cuando queráis.

Ni Lopez ni sus camaradas se hicieron repetir la invitación; y uno tras otro se apercibieron a festejar a la joven. Quien primero la acarició fué López, que se colocó en una silla, muy juntito de la celestial Artemisa, que en aquellos momentos estaba encantadora, de suerte que la joven tuvo que sentarse en su regazo como en una cómoda butaca, el busto inclinado hacia adelante, para mejor abrazar a su adorado.

Artemisa, sin dejar de besuquear a López, murmuró:
—Dime... cosas dulces... de esas que oyen todas las mujeres que son queridas...

López, que siempre que se ponía cachondo le daba por hablar, empezó a repetir las frases más tiernas de su repertorio.
--Amor... cariño... rica, vuélvete loca... dame tus labios... que me muero por ti...

Ella respondía, entornando los ojos:

--Mi cielo, mi bien...

López la acariciaba de diversos modos: besándola; mordiéndola suavemente, y unas veces sus manos la rozaban los sobacos, otras el talle o las esferas, que se balanceaban voluptuosamente.

Por no estar ocioso, Pedro arrancó una larga pluma de un hermoso plumero que halló en el gabinete, olvidado sobre un mueble, y mientras Leonardo abría el descote y asomaban las espaldas perfumadas de la joven, él la rozaba con la pluma el cuello y los torneados hombros

Artemisa, decía:

—¡Ah, qué dulce, qué dulce! ¡Ay, qué bueno! Nunca he gozado tanto...

Cuando Pepe López acabó su repertorio de caricias, Leonardo cogió a Artemisa, y poniéndosela al lado, la rodeó el talle con su brazo derecho y también la besó mucho. Enseguida Pedro la tomó por su cuenta, la dijo frases cariñosas y la besuqueó también.

Cuando ya empezaba a amanecer, la joven trató de despedir a sus amadores.

—He cumplido lo que os ofrecí--dijo;--ahora podéis marcharos.

--Antes--repuso López--deseo conocer el secreto de tu venganza,

--¿Quieres saberlo absolutamente?

--Sí.

--¿Y si tu dolor, entonces fuese demasiado grande?

--Por grande que sea, jamás obscurecerá el placer que de ti he recibido.

Hubo un rato de silencio, pasado el cual, Artemisa exclamó con aire solemne:

—Pues, bien, desgraciado; sábelo de una yez: ¡yo soy la esposa de Rodríguez!

—¡De Rodríguez!—repitió Pepe López que no recordaba tener ningún amigo de tal apellido,

—Sí, de Rodríguez... Y yo me he dejado besar por tí,, por vengarme de él; porque él, el miserable, nos engañaba a los dos, a ti y a mí... ¡Porque Rodríguez se divierte con tu mujer!

—¡Con mi mujer!—repitió López.

—Sí.

—Pero, señora... ¿Se ha vuelto usted loca? ¡Si yo soy soltero!

—¡¡¡Cómo!!!--exclamó Artemisa dando un grito trágico.

--Lo que usted oye.

--¿No es usted Raimundo López, el hermano de López el diputado?

--No, señora; esos son otros López...

--¡Horror!

--Bonito lance...

--¡Dios mío, Dios mío!--balbuceó la in-

feliz Artemisa deshecha en lágrimas--¿y para eso he padecido el triple tormento de beber, de besar largamente y de dejarme tomar el pelo por aquellos canallas?

--Verdaderamente, señora, me parece que ha hecho usted un mal negocio.

Los tres hombres, que en el fondo eran tres excelentes personas, estaban consternados.

Artemisa agregó, al fin, enjugando sus lágrimas:

—Y entonces, ¿qué me aconsejan ustedes hacer?

--Pues creo, señora, sinceramente--repuso Pepe López burlón—que nada hay perdido y que debe usted volver a empezar.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor./Suspiros tiernos./Fiebre de amor./La mujer del prójimo./Goces supremos./Picardías de novios./Horas placenteras.-

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona